

MÓNICA RODRÍGUEZ

LITTLE JUMP

Una historia de amor
en un territorio ocupado.



LITTLE JUMP

MÓNICA RODRÍGUEZ

LITTLE

JUMP

edebé

© Mónica Rodríguez, 2026

© Edición: Edebé, 2026

Paseo de San Juan Bosco, 62

08017 Barcelona

edebé.com

Directora de Publicaciones: Reina Duarte

Editora: Elena Valencia

Diseño de la colección: Aurora Iraita

Imagen de cubierta: Depositphotos

Primera edición, febrero 2026

ISBN: 978-84-683-7700-1

Depósito legal: B. 20817-2025

Impreso en España / Printed in Spain



Queda terminantemente prohibido cualquier uso de esta publicación para entrenar tecnologías de inteligencia artificial (IA) generativa. El autor y el editor se reservan todos los derechos de licencia de uso de esta obra para dicho fin y para el desarrollo de modelos lingüísticos de aprendizaje automático.

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra (www.conlicencia.com; 91 702 19 70 / 93 272 04 45).

Este lugar y los hechos son imaginarios; sin embargo, el conflicto del que se habla no lo es. Ha existido, existe, con sus muchas variantes, y no solo en un lugar. Ojalá este libro contribuya a pensar en un futuro donde las personas sean más importantes que los territorios.

*A todos los que viven en lugares semejantes
y, a pesar de todo, aman.*

«Hemos encontrado el amor junto al odio; amor disorde, odio amante; rara confusión de la naturaleza, caos sin forma, materia grave a la vez que ligera, fuerte y débil, humo y plomo, fuego helado, salud que fallece, sueño que vela, esencia incógnita. No puedo acostumbrarme a tal amor».

*Romeo y Julieta
W. Shakespeare*

La veíamos siempre con el monopatín bajo el brazo. Era más bien pequeña, morena, con un aire de gato enfurruñado. Iba y venía, desaparecía calle arriba hacia las casas donde vivían los suyos. A veces caminaba junto a un anciano de barba cana, pero también lo hacía sola a pesar de nosotros. Descendía por la carretera en medio del silencio y de la tensa vigilancia de los soldados. El monopatín tenía en la parte inferior un pájaro de color blanco dibujado con trazos simples, ya desgastados. Lo veíamos a ratos, saliendo de aquel brazo, que ella apretaba fuerte, arisca, como tratando de ocultar la inquietud que le producía tropezarse con nosotros. Bajo la falda, a la altura de las rodillas, sus mallas estaban rotas.

A veces nos reíamos de ella y, sin embargo, en el fondo, la admirábamos por su valentía de andar sola por aquella carretera, como si el mundo no estuviese dividido en dos. Como si los suyos y los nuestros no fuesen enemigos. Yo siempre me quedaba con la mirada perdida, siguiéndola hasta que desaparecía tragada por esas cuestas interminables. Me atraía aquel viejo monopatín de madera con el pájaro deslucido. También el aspecto concentrado, casi enfadado de ella. Tenía

los ojos redondos, como las cabezas de los fósforos, y en ellos también podía producirse un incendio. No sé por qué yo ansiaba verlos arder. Era como si quisiera enfadarla todavía más, pero sobre todo retenerla, que supiera de mí.

La llamábamos Little Jump. Pequeño Salto.

Nadie se creía que pudiera rodar con aquel cacharro. Más bien nos la imaginábamos dando torpes brincos y cayendo de rodillas al cemento. Haciendo pucheros. Pateando enrabiada por no poder manejar su *skate*.

Más tarde supe que ella lo llamaba Beautiful Jim Key.

A mí me habría gustado probarlo. Subir a esa madera y sentir el traqueteo de las ruedas, el aire en los ojos y, por qué no, a Little Jump conmigo. Los dos rodando cuesta abajo, y el mundo rodando también con nosotros.

Entonces, Zurdo o Coluber la señalaban con el dedo, mientras se alejaba, pequeña y sola, y se reían. Yo me volvía hacia ellos y también me reía. Me reía tanto que me dolía el estómago. Pero ese dolor no lo producía la risa.

Un día Little Jump estaba sentada en la carretera, sobre su monopatín y se limpiaba la rodilla. Yo sabía que en algún lugar los soldados que protegían a los suyos vigilaban. Me acerqué como sin querer, despacio, casi en zigzag, y silbaba. Era una canción bien tonta, pero se me había metido entre ceja y ceja. Ella levantó la mirada y yo sentí algo, un no sé qué, una cosa que me subía y bajaba por dentro, aunque permanecí inmutable. Sus ojos imantaban. Eran idénticos a los ojos de los animales. Por eso, a pesar de todo, me dirigí a ella. Little Jump conocía mi idioma y yo hablaba algunas palabras del suyo. Los dos chapurreábamos inglés. Así que, mal que bien, nos entendíamos.

—¿Te has caído?

Mi voz discurría entre la burla y el interés. No podía mostrarme demasiado amigable. Al fin y al cabo, ella no era de los nuestros y nosotros odiábamos a su pueblo, que quería arrebatarnos lo que nos pertenecía, nos odiábamos. Little Jump encogió un poco los hombros. No dijo nada y siguió limpiándose con la punta de su chaqueta, que era colorida y alegre. Esa chaqueta contrastaba con el paisaje de cemento y con sus ojos.

—¿Para qué vas con un *skate* a todos lados si no sabes patinar?

Y me reí tontamente.

—Sé hacerlo —aseguró ella levantando la cabeza—. ¿Y tú?

Aquella pregunta me cogió por sorpresa. Tardé en responder.

—Si quisiera, sabría.

Ella sonrió. Entonces su gesto hosco se volvió dulce, se volvió día. Yo miraba embobado aquella sonrisa. Todo lo demás había desaparecido. Entonces lo dijo.

—Te puedo enseñar.

Me entró la risa. Ella, que tendría por lo menos un año menos que yo, ella que era de los otros, de los que deseaban nuestra desaparición, quería enseñarme. Yo nunca había montado en monopatín, era cierto, pero esa no era la cuestión. Después acepté, así, sin más.

—Bueno —dije.

Es posible que no fuera yo el que había hablado. O quizás, el que no era yo era el otro, el que se reía de ella. El que espiaba por ver si alguien de los nuestros me veía allí, inclinado para hablar con Little Jump, que seguía sentada y quieta sobre su monopatín. Yo doblaba los hombros y el cuello, con las manos en los bolsillos. Mi sombra caía sobre sus rodillas y su cabeza, que inclinaba hacia atrás para mirarme. A la frente le daba el sol. Me encogí un poco y ese sol rodó hacia sus ojos, que eran negros y tenaces, y que se contrajeron, tragándose la luz. Tragándome a mí.

—Pero aquí no —dijo, mirando alrededor—, mejor de noche, en el descampado para que no nos vean.

Y señaló a lo lejos, detrás de las últimas casas, donde comenzaba un campo yerto, cementado, con subidas y cuestras, rematado por árboles de argán polvorientos y dulces, y más lejos todavía, ya fuera del alcance de nuestra vista, la espiral del alambrado.

A mí aquello me pareció una estupidez. Era insensato y arriesgado; era un disparate y, sin embargo, constituía nuestra única posibilidad. Aquella explanada estaba suficientemente apartada de las casas y la vigilancia de los soldados. De noche, allí, nadie nos vería. Mi corazón golpeó con fuerza. No sé si llegué a sonreír o si solo abrí la boca deslumbrado por su osadía, enfadado. Completamente alegre. Little Jump alzó una mano como queriendo cerrar el trato y su cabeza volvió a la sombra.

Yo iba a agarrar aquella mano, juro que la iba a agarrar, pero entonces los escuché.

Eran mis amigos. Coluber, Zurdo y los demás. Aparté mi brazo bruscamente y me di la vuelta. Little Jump se quedó con la mano en el aire, abandonada. Y yo, mientras me alejaba, podía imaginármela así, con ese aire atravesando sus dedos y sus pestañas, y un diminuto puchero en los labios, que eran llenos y rojos; eché la cabeza hacia atrás y me reí, me reí tanto que me dolió el estómago.

Mis amigos me palmearon en la espalda, vociferaron. Dijeron muchas cosas en voz muy alta.

—¡Fuera de nuestra tierra! —gritó Coluber, con resentimiento.

Y todos le coreamos.

Little Jump se había levantado y se alejaba cabizbaja con aquel monopatín bajo el brazo. Todos nos

alegramos de su humillación. Yo me sujetaba la mandíbula de tanta risa mientras sentía partirse mi corazón.

Little Jump y todos los suyos habían venido para quedarse con nuestra tierra. Aseguraban que era suya, que su dios se la había dado y que antes de llegar nosotros ya les pertenecía. Pero lo cierto era que los abuelos de nuestros abuelos la habían cultivado y que era nuestra. Ellos habían venido de fuera para quedarse con ella y hacían que nuestra vida fuera un infierno. Querían vernos desaparecer. Y nosotros también queríamos que ellos desapareciesen, no importaba cómo. Por eso la gente de Little Jump lo llenaba todo de soldados, para defenderse de nosotros; y, sin embargo, por más que Little Jump fuera uno de los suyos, yo no podía imaginarme el mundo sin ella.